

Por tanto tiempo constantes  
En un cariñoso abrazo  
Lid, olvidaron y plazo  
En tan ansiosos instantes.

Lloraban ambos al par  
Con lágrimas de ternura,  
Y ya próximo á llorar  
El tío sin respirar  
Bendecia su ventura;  
Cuando oyeron de repente  
De pobre instrumento el son,  
Y entre el son de la corriente  
Del Tajo, alegre cancion  
Entonada diestramente.

DON GODOFREDO.

¡Ea! no escuse lo menos  
Quien ha emprendido lo mas,  
Id vuestra ruta serenos  
Que mis caballos son buenos,  
Y os queda un amigo atrás.

DOÑA LUZ.

¡Cómo señor, ¡qué es aquesto?  
DON GODOFREDO.  
Todo lo tengo dispuesto.  
Y no hay remedio mejor  
Ni para guardar tu honor,  
Ni para evitar su arresto.

DON FAVILA.

¿Y el rey?

DON GODOFREDO.

Yo me quedo aquí.  
Esposos sed ante Dios,  
Que el rey Egica ante mí  
Tendrá que ver que nací  
El mas justo de los dos.

### CONCLUSIÓN.

Estaba cercano el dia;  
La luna en el horizonte  
Escasa luz despedía  
Y á largos pasos se hundía  
Detras del alzado monte;  
Cuando solo y descuidado  
En largo manto embozado  
Despacio entraba en Toledo  
Un hombre, que bien mirado  
No era otro que Godofredo.

Y allá á lo lejos se vian  
La estensa vega cruzando  
Varios ginetes que huían,  
Que mas se devanecian  
Cuanto se iban alejando.

Pasó Godofredo el puente,  
Y apenas apareció  
La aurora en el rojo oriente,  
Firme el pié y alta la frente  
En el alcázar entró.

Lo que pasó dentro de él  
Entre el infante y Egica,  
Nadie en Toledo lo esplica  
Ni se halla en ningun papel.

Ello es que don Godofredo  
De una hora tras él despacio,  
Volvió á salir de palacio,  
Y se ausentó de Toledo.

Y en el aire triunfador  
Con que dicen que salía,  
Bien claramente se via  
Que llevaba lo mejor.

El rey desde su partida  
Preso de oculto pesar  
Cercano estuvo á exhalar  
A sus rigores la vida.

Y en cuanto esta le duró  
Ni al duque persiguió mas,  
Ni el bello nombre jamás  
De la princesa mentó.

Y aunque recias tempestades  
Fueron á turbarles luego  
De su retiro el sosiego  
Y el bien de sus soledades,

Del rey su tío á cubierto  
Ellos allá en sus estados  
Vivieron muy bien casados,  
Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.

Y acaso en otra ocasion  
Si tu favor me aseguras,  
Sabrás otras aventuras  
De doña Luz, que hartas son.

Mas si no son de tu gusto  
Lector, las que te conté,  
No hablemos mas, porque á fé  
Que no me coge de susto.

## LEYENDA TERCERA.

### CAPITULO PRIMERO.

#### DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORO DE UNA FRANCESA.

En un dia de Febrero,  
Como á las tres de la tarde,  
Del rio Arlanza mirando  
Los fugitivos cristales,  
Y entre el camino de Francia  
Y el rio humilde paseándose,  
Vióse á un hombre vagando  
Por su solitaria márgen,  
Hidalgo y rico á juzgar  
Por su gentileza y trage.  
En secretas reflexiones  
Abismado, y sin curarse  
De cuanto en rededor pasaba  
Seguia, cual si ocupasen  
Su mente graves cuidados  
O duelos su ánima graves.  
Parado estaba del puente  
Cabe los altos pilares,  
Cuando llamó su atencion  
Ruido y polvareda grandes  
Que alzaban muchos ginetes  
Por el camino adelante.  
Alargó, pues, el hidalgo  
Sus pasos para encontrarles,  
Bien fuese curiosidad  
O bien que les aguardase.  
Salió al lindel del camino,  
Y á la turba aproximándose  
Peregrinos vió y juzgóles  
Gente de noble linaje.  
Dos damas y un caballero  
Eran y con antifaces  
Traían cubierto el rostro,  
Costumbre de tiempos tales;  
Caballos traían recios,  
Cruces de plata, y por pajes  
Quince ginetes armados  
Del casco á los acicateas.  
Llegados ante el incógnito  
El caballero parándose

Dijole: Dios sea loado,  
Buen hombre.—Y él con voz grave  
Repuso: Loado sea  
Por siempre, buen caminante.  
—¿Por donde voy al palacio  
Del conde Garci Fernandez?  
—¿Pensais en él hospedaros?  
—Si que pienso.

—Muchas calles

Hay que cruzar, y yo mismo  
Es mejor que os acompañe,  
Si la atencion no os enoja.  
—Si ese camino llevaréis  
Para ir á vuestros quehaceres  
Consiento, y Dios os lo pague.  
—Voy tambien hácia el palacio.  
—Entonces echad delante.

Tomó el de á pié en este punto.  
La vuelta á los arrabales,  
Y sin que hubiesen los guardias  
Ocasión de demandarle  
Sino de hacerle gran honra  
Como á ilustre personaje,  
Entró en Burgos por la puerta  
Que á Santa María cae.  
Y aquí con los peregrinos  
Que le seguían juntándose,  
Conversacion introdujo  
Con palabras semejantes.  
—¿Y á dónde es el derrotero?  
—A Santiago.

—Es una imágen

Y una iglesia milagrosas.  
¿Y de qué tierra se parten?  
—Desde Tolosa de Francia.  
—De agradecer es el viaje!  
¿Es devocion ó promesa?  
—Es devocion y eso baste,  
Que habeis hecho tres preguntas  
Sin que es preguntára nadie.  
—Perdone el buen peregrino.  
—Vaya el buen guia adelante.  
Y en esto el de á pié teniéndose  
Ante un edificio grande

Alzado en una plazuela,  
Dijo entre serio y afable:  
—Vea lo que habla el Romero,  
Pues aquí es fuerza que pare  
Quien á mi palacio llega  
A demandar hospedaje.  
—¿Cómo! ¿Sois por vida mia . . .  
—El conde Garci Fernandez.  
—El de Castilla perdona.  
—El de Tolosa demande,  
Que anduvo el guia indiscreto  
Y hará el conde castigarle.  
Pero á pié á tierra, señores,  
Que esta es su casa.

Y con tales  
Palabras ayudó el conde  
A las damas á apearse;  
Y entrándose por sus puertas  
Con cortesés ademanes  
Las dió el brazo en la escalera  
Sin que ellas se le equivasen.

Cómo entra amor en el alma,  
En verdad que no se sabe,  
Pero ello es que el tiene llave  
Para abrir el corazon;  
Y una palabra, un suspiro  
Dicha ó exhalado apenas,  
Son á veces las cadenas  
Con que ata nuestra razon.

Cadenas hechas de flores,  
De deseos y de antojos,  
Forjadas en unos ojos  
De pudoroso mirar,  
O en unos labios de púrpura  
Que sonrien tiernamente,  
Ensayados diestramente  
En sonreir y en hablar.

¡Oh amor! que bien escogistes  
Aunque niño, loco y ciego,  
Lugar dó esconder tu fuego  
Y tu irresistible iman!  
Porque ¿cómo recelarse  
De unos ojos inocentes,  
Y de unas indiferentes  
Palabras que al alma van?

¡Ay! poco á poco se miran  
Y se escuchan poco á poco,  
Y nace un deseo loco  
Que aunque aislado y sin valor,  
Tras él otro y otros trae,  
Que ardientes y decididos  
Nos despeñan impelidos  
Por las simas del amor.

Así el conde de Castilla,  
Labraba su desventura  
La peregrina hermosura  
Que en su palacio hospedó.  
Y él que esquivó los halagos

De castellanas hermosas,  
En las redes codiciosas  
De la francesa cayó.

Aspid fatal que introdujo  
El mismo conde en su seno,  
Y cuyo dulce veneno  
Bebía con avidez  
Tan ciego y desalentado,  
Que cuanto mas le apuraba,  
Mas el infeliz dudaba  
Que fuese poco á su sed.

Si, porque ¿quién no le apura  
Ofrecido en rico vaso  
Que incita á beberle acaso  
Con su esquisito primor?  
¿Quién fascinado no corre  
Tras unos ojos de fuego  
Que nos roban el sosiego,  
La prudencia y el valor?

Y á fé que era encantadora  
La dichosa peregrina!  
Bellísima era Argentina,  
Y de prosapia real.  
Y él que vió sus ojos cándidos  
Sin los dobleces del velo,  
Creyó su azul como el cielo  
Signo de dicha inmortal.

Y vió una vez fascinado,  
Miró luego respetuoso,  
Amó despues silencioso  
Y amó con ansia despues;  
Primero dispuso fiestas,  
Luego presentes y galas,  
Y al fin de su amor en alas  
Cayó sin fuerza á sus piés.

Y una noche entre los mirtos  
Del jardin de su palacio,  
Cuando á solas y despacio  
Por fortuna la encontró,  
Tomó sus manos de nieve  
Y doblando la rodilla,  
La corona de Castilla  
Loco de amor la ofreció.

Oh bellísima Argentina  
(La dijo el rendido amante)  
Desde el fortunado instante  
En que por dicha te ví,  
Mi voluntad, mi deseo  
A mas ventura no alcanza  
Que á la débil esperanza  
De tenerte junto á mí.

De noche allá en mis delirios  
Tu imágen se me parece,  
Y el alma se me estremece  
Con tan dichosa ilusion.  
La luz que radia tu rostro

Mi corazon ilumina,  
Y aun tu sombra ¡oh mi Argentina!  
Acrecienta mi pasion.

De dia ansioso te busco,  
Bajo tus rejas paseo,  
Y venturoso me creo  
Si de la reja á través  
Alcanzo tu sombra errante,  
Aun sabiendo ¡vida mia!  
Que mi amorosa agonía  
Ni te imaginas ni ves.

Creí que podria un tiempo  
Mas que mi destino fuerte  
Olvidarte ó no quererte,  
Mas neciamente creí.  
Yo te amo, sí, cada dia  
Que por mi existencia pasa,  
Mi pasion crece sin tasa,  
Y no hallo vida sin tí.

Y pues te brinda el destino  
¡Oh bellísima francesa!  
Sé en Castilla la condesa,  
La luz de mis ojos sé;  
Y piensa que en compañía  
De quien tan fino te adora,  
Tú serás reina y señora,  
Yo tu esclavo viviré.

Y así diciendo el buen conde  
Las manos la acariciaba  
Y el rostro la contemplaba  
Con amorosa ansiedad;  
Y ella inmóvil y en silencio  
Con angélica sonrisa  
Contemplábale indecisa,  
Mas confiada en verdad

Sus manos le abandonaba  
La hermosa sin defendellas,  
Y el conde estampaba en ellas  
Sus labios con harto ardor,  
Mientras la luna que huía  
Y las auras que sonaban,  
Prestaban luz y armonía  
A aquella escena de amor.

Y quién sabe lo que pueden  
La solitaria frescura  
La ilusion y la ventura  
De una noche y un jardin;  
Quien vé el empeño del conde,  
Y la paz con que ella escucha,  
El sí con que le responde  
Imagínese por fin.

Un sí pronunciado apenas  
Fugitivo y balbuciente,  
Pero expresivo, elocuente,  
Espontáneo, abrasador.  
Un sí cuyo eco encantado,

Cuyo sonido improviso,  
Abrió al conde un paraíso  
De deleites y de amor.

Cayó Argentina en sus brazos,  
Dobló en su pecho la frente  
Y un beso, aunque puro, ardiente,  
En ella el conde posó;  
Y la niña no ofendida  
Mas cautelosa apartándose,  
De su buen padre ausentándose  
El dulce nombre invocó.

El conde que era entendido,  
Aprovechando el momento  
A poco en el aposento  
Del huésped se hizo anunciar,  
Y allí con él encerrado  
Y de Argentina en ausencia,  
La importante conferencia  
Comenzaron á entablar.

EL FRANCES.  
Generoso castellano,  
¿Qué puedo hacer por serviros?

EL CASTELLANO.  
La dicha vengo á pedir.

EL FRANCES.  
Si está en mi mano os la doy,  
Mas decidme ¿en qué manera  
Alcanzo á vuestro destino?

EL CASTELLANO.  
Oídme, buen peregrino  
Que á descifraros lo voy.  
Yo os dí por vuestra nobleza  
En mi palacio hospedaje,  
Y os vino á hacer homenaje,  
Cuanto en Castilla hay mejor.  
Ardió mi tierra en festejos  
Por los condes de Tolosa,  
Y solo existe una cosa  
Con que pagarme, señor.

EL FRANCES.  
Decidla pues, que aunque sea  
La mitad de mi corona,  
Mi fé desde aquí os la abona  
Para delante de Dios.

EL CASTELLANO.  
Pues bien, teneis una hija,  
Yo apelo á vuestra promesa  
Y quiero hacerla condesa  
Sin que lo herede de vos.

EL FRANCES.

¡A Argentina!

EL CASTELLANO.  
Sí por cierto.  
Y ved que de otra manera  
Haceros cargo pudiera  
Como á huésped desleal,  
Porque yo os franquee mi casa.  
Y os dí cuanto poseia,

Y robaisme el alma mia,  
Con que me pagais muy mal.

Quedó el francés á estas voces  
Sombrió y meditabundo,  
Pues que no habia en el mundo  
Cosa que irlé á demandar  
Que él diera de peor gana  
Ni á un conde, ni á un extranjero,  
Porque el acaso altanero  
De conde aspiró á pasar.

Mas mirando que le estaba  
Del hospedaje obligado,  
Y que al español honrado  
Vivia y con gran poder,  
Pensó que andaria necio  
En negarla al castellano,  
Que si no era un soberano,  
Honrara hartó á una mujer.

Tendió, pues, la mano al conde  
Con cortesana sonrisa,  
Y sentando por precisa  
Y absoluta condicion  
La voluntad de Argentina,  
Contestó que él la otorgaba,  
Puesto que en dársela obraba  
Conforme á su obligacion.

La boda, pues, acordóse,  
E impaciente don García  
Casóse en Santa María  
Aun no trascurrido un mes.  
Castilla y Tolosa hicieron  
En las fiestas competencia,  
Y hubo festin y licencia  
Muchas semanas despues.

Vino á ofrecerse rendida  
A su nueva soberana,  
La nobleza castellana  
Siempre á sus condes leal;  
Y cumpliendo el de Tolosa  
En Santiago su promesa,  
Volvióse á tierra francesa,  
Siendo el gozo universal.

## CAPITULO II.

### DE COMO SE LA HUBIERON LA FRANCESA Y EL ESPAÑOL.

¡Mas ¡ay del necio que fia  
En la mujer y en el viento,  
Que cambian en un momento  
De rumbo y de fantasía!

Y ¡ay de quien fia en extraños,  
Que aunque halagarnos pretendan,  
Preciso es que al fin nos vendan  
O con fuerza ó con engaños!

Dos años y no cabales  
Vivieron ambos esposos,  
Tiernos siempre y cariñosos,  
Alegres siempre é iguales.  
Amábala el español  
Con tan ciega idolatría,  
Que antes que en ella creeria  
Que hubiera mancha en el sol.  
Y amábale la francesa  
Con intensidad tan rara,  
Que mejor se la juzgara  
Favorita que condesa.

No habia para él mas gloria  
Que su amor, y en tal esceso,  
Que cambiara por un beso  
La mas preciada victoria.

No habia gusto para ella  
Si con él no le partia,  
Y el vulgo, en fin, los creia  
Nacidos bajo una estrella.

Tambien lo creia el conde,  
Pero al fin dió en un abismo  
Que ¿quién por otro responde  
Si aun duda uno de sí mismo?

Vino dos años despues  
Desde tierras de Tolosa,  
De los padres de la esposa  
Con regalos un frances.

Para mas ostentacion  
De la amistosa misiva,  
Vino con gran comitiva  
De gente de estimacion.

Toda hidalga y opulenta  
Que entre ella nobles venian,  
Que provincias mantenian  
Con sus tropas y á su cuenta

Trajeron mil invenciones,  
Refinamiento elegante  
Del lujo, heraldos delante,  
Pajes detras y bufones.

Y en fin, entre su equipaje  
Con esplendidez estraña,  
Hasta tiendas de campaña  
Para las siestas del viaje.

Cuyas cosas en Castilla  
Por gente sóbria habitada,  
Tuvieron boga sobrada,  
Rayando en la maravilla.

Tomaron de ellos los trages  
Por gusto de la condesa,  
Y armáronse á la francesa  
De bufones y de pajes.

Diéronse mutuos festejos,  
Y fué con tanta porfia,  
Que cada cual ir queria  
En lo liberal mas lejos.

Su ventaja al conocer  
En caballos los de Francia,  
Abrieron con arrogancia  
Un campo donde correr.

Con lo cual los burgaleses,  
Gente en los combates ducha,

Abrieron campo á la lucha  
De pié contra los franceses.  
Bajaron de la montaña,  
De tal fiesta á los rumores,  
Los mas fuertes lidiadores  
Que daban honor á España.

Y al fin mas pronto ó mas tarde  
De mil diferentes modos,  
De su bizarría todos  
Vinieron á hacer alarde.

Hubo castellanos nobles  
Que en cabalgar muy maestros,  
Con los franceses mas diestros  
Ganaron apuestas dobles.

Y hubo muchos castellanos  
Que en la lucha franca y leal,  
Se la hubieron hartó mal  
De los franceses á manos.

Pero sobre todos uno,  
Gallardo Alcides frances,  
Luchó una vez contra tres  
Y no le rindió ninguno.

Mozo era de sangre noble,  
Chico de cuerpo, mas fiero,  
Como los vientos ligero,  
Y robusto como un roble.

El fué siempre el vencedor,  
Y en la liza al presentarse  
Los demas no retirarse  
Era solo por honor.

Llamábase el tal, Lotario,  
Y para amorosos lances,  
Nadie le iba á los alcances  
Pues rayaba en temerario.

Y aunque cortés y cumplido,  
En su fortuna fiado,  
Jamás respetó sagrado  
De padre ni de marido.

Hipócrita mas que fiero,  
Con una segura táctica,  
Los medios ponía en práctica,  
Mas infalibles primero.

Iba tras de las devotas  
A las iglesias rezando;  
Con opulentas tratando  
Gastaba con manos rotas.

Donde habia un padre viejo  
Idólatra del honor,  
Por la palabra menor  
El duelo era su consejo.

Donde familia pacífica,  
Via que aunque retirada  
De oro y de bienes sobrada  
Le recibia magnífica,

El, con gravedad enfática  
Cada visita que hacia,  
Por lo grave parecia  
Una mision diplomática.

Y por fin, de astucia extrema  
Dotado, el refran usaba  
Que á cada paso encajaba,  
Cada loco con su tema.

Con esto y con ser al par

Gran músico, no hubo dama  
Que al reclamo de su fama  
No le viniera á admirar.

El, de las galas francesas  
Llevaba la palma toda,  
Y él era el galan de moda  
Con las damas burgalesas.

La plática principal  
De las mas hermosas niñas,  
Eran las rondas y riñas  
Del amante universal.

Y todas de sus amores  
Anhelando ser objeto,  
Disputábanse en secreto  
Sus mas mínimos favores.

Mas él de su fiel fortuna  
Audaz siguiendo las huellas,  
Se olvidó de las estrellas  
Al postrarse ante la luna.

¿Qué tienes, paloma mia?  
Preguntaba el conde un día  
A solas á su condesa,  
¿Bien sabe Dios que me pesa  
Mirar tu melancolía!

Si, tal vez por un descuido,  
Imprudente ó no advertido,  
Vida mia, te ofendí,  
Perdon de hinojos te pido:

Si no, ¿qué te aqueja, dí?  
Comprender la causa quiero  
Del dolor que te atormenta;  
Ni esposo ni caballero  
Seré, si no te prefiero  
A las cosas de mas cuenta.

No, Argentina; en mi condado  
No hay objeto que me importe  
Lo que tu amor regalado;  
Dime, pues, ¿quién te ha enojado?

¿Algun chisme de la corte?  
¿De alguna dama envidiosa  
O de algun necio me infama?  
¿Pudiste olvidar, hermosa,  
Que tú á la par de mi esposa  
Has sido siempre mi dama?

Y cuando no hay en Castilla  
Otra como tú tan bella,  
Que pienses me maravilla,  
Que en mí tu amor amancilla,  
Ni casada ni doncella.

¿No, por Dios, paloma mia!  
¿El conde así vendería  
El amor de su condesa?  
Que lo imagines me pesa  
Mas que tu melancolía.

Tal dijo el conde á su esposa,  
Mas no logró una respuesta  
Que pusiera manifiesta  
A sus ojos la verdad.  
Pasó un día y otro día,  
Y á su mismo afan tornando

Volvió á porfiar quedando  
En la misma oscuridad.

Tornábala el pobre esposo  
Con la candidez de un niño  
A ponderar su cariño  
Con minucioso placer.  
Llamábala con los nombres  
Mas sentidos y halagüenos,  
*Sol, arcángel de sus sueños...*  
Cuanto halaga á una mujer.

Y tomando entre sus manos  
Su peregrina cabeza,  
Contemplaba su belleza  
Con alegría infantil:  
Y estático en sus hechizos,  
El purísimo reflejo  
De sus ojos le era espejo  
De su sonrisa pueril.

Besaba su frente pálida,  
Sus párpados transparentes  
Y sus mejillas ardientes,  
Y sus lábios de coral,  
Y los rizos olorosos  
De su flotante cabello,  
Suspendidos por el cuello  
En complicada espiral.

Y él triste, de cualquier modo  
Y aun á su costa, quisiera  
Una sonrisa ligera  
De sus lábios arrancar;  
Mas era empeño insensato!  
El embozo impertinente  
Con que nublaba la frente  
No pudo nunca apartar.

El, que como amante, ciego  
Por falso cristal veía,  
Capricho amante creía  
Lo que era abierto desden,  
Y aguardaba á cada instante  
La esplicacion de un misterio,  
Que le robaba el imperio  
En el alma de su bien.

Que mas que advertido amante  
Juzgaba el mal de Argentina,  
Hijo de duda mezquina  
En su inalterable amor,  
Y en la pureza fiado  
De su tranquila conciencia,  
Aguardaba con paciencia  
Que saliera de su error.

Ella de continuo tétrica,  
Los sitios mas solitarios  
Elegía por santuarios  
De su secreto pesar;  
Y se la via en la noche  
Cual sombra que arrastra el viento

A solas con paso lento  
Por los jardines vagar.

A veces cabe una frente  
Recl nada largas horas  
De las corrientes sonoras  
Adormida con el son,  
Sollozaba tristemente  
Las secretas agonias  
Que envenenaban sus dias,  
Royéndola el corazon.

A veces del pardo muro  
Perdida en la sombra oscura,  
O entre la hojosa espesura  
De la parra y del rosál,  
Parecía que con álguien  
Conversacion entablaba,  
Aunque qué y con quién hablaba  
Se comprendía muy mal.

Y el rumor de estos misterios  
Entre el vulgo propagado,  
Por el vulgo interpretado  
Con ruin malicia vulgar  
A mil fábulas audaces  
Crédito asaz infundia,  
Y á cada punto crecía  
En la chusma popular.

Porque de antiguo, Castilla  
Ya escarmentada de estraños,  
Imagina siempre engaños  
De la estrañera doblez;  
Y luego (decía el pueblo)  
Por mas que nació condesa,  
Siendo al cabo un francesa  
No hay que fiarse, pardiez

El conde en tanto creía  
Que la memoria de Francia  
Con el tiempo y la distancia  
Avivada sin sentir,  
Y la vista de sus gentes  
Y el recuerdo de su lengua,  
A las manias presentes  
La pudieron conducir.

Y en su bien solo afanado  
La aseguró que acabada  
Una contienda empeñada  
Con el árabe Almanzor,  
Darian vuelta á Tolosa,  
Donde pronto espantaría  
Su oculta melancolía,  
Devoliéndole su amor.

Partióse, pues, el buen conde  
Contra Almanzor á campaña,  
Y fué con tan justa saña  
Que aun humeando del moro  
Con la sangre harta de afrenta  
Su campo feráz ostenta  
Santisteban de Gormaz.

Que en aquel dia glorioso  
Para el honor de Castilla,  
Ni quedó ginete en silla,  
Ni peon quedó de pié.  
Allí cayeron á impulso  
De las lanzas castellanás  
Las falanjes africanas  
Enemigas de la fé.

Y aun viene alguna noche  
Los lobos en turba hambrienta  
A hozar la tierra sangrienta  
Regado ocho siglos ha;  
Y aun pasan los calvos buitres  
Sobre el valle en banda espesa  
Avarientos de la presa  
Reducida á polvo ya.

Gloriosa fué la jornada!  
Mas ¡ay, pobre don Garcia!  
El solo lloró aquel dia  
La gloria que á España dió.  
Mas le valiera mil veces  
Caer en Gormaz con honra  
Que cargar con la deshonra  
Con que Burgos le acogió.

Si, pasó bajo sus puertas  
Al doblar de los tambores  
Con mas aplausos y honores  
De los que él soñó jamas,  
Pero llegó á su palacio  
Y al entrar por sus dinteles  
Sus merecidos laureles  
Maldijo, y su sér quizas.

Las puertas vió de su alcázar  
Para recibirle abiertas,  
Mas nadie salió á sus puertas  
Para darle el parabien.  
Y los siervos y las damas  
Que dejó en él, en su ausencia  
Esquivaron su presencia  
Cual de su gloria en desden.

En vano se entró iracundo  
Por sus puertas adelante,  
Llamando con voz pujante  
A su gente desleal;  
Solo el eco que en las bóvedas  
Cóncavas se guarecía,  
A sus voces respondía  
Con lamento funeral.

Rabioso decía—"¿dónde  
Mi servidumbre se encuentra?"  
Y el eco decía—"entra,  
Y entraba el conde en furor.  
Decía con voz doliente:  
"¿Qué es de mi esposa querida?"  
Y el eco decía—"ida  
Con acento de dolor.

Y el triste Garci Fernandez  
De sus amigos cercado,  
Su alcázar abandonado  
Pisando medroso vá.  
Y su ánima vigorosa  
De una sospecha asaltada  
En su pecho arrinconada  
Ni aun esperanza le dá.

Volvió á los suyos y díjoles:  
"¿No hay quien me dé una respuesta?"  
Y el eco repitió—"esta,  
Y él mirando en derredor  
"¿Quién, gritó, en mi casa propia  
Me mofa con arrogancia?"  
Y el eco retumbó Francia  
Por el largo corredor.

Lanzóse por él el conde  
Por un instinto guiado,  
Cruzó el corredor aislado  
Y al oratorio llegó:  
Abrió la puerta con ímpetu  
Y al tender dentro los ojos,  
En torno al altar de hinojos  
A sus siervos encontró.

¿Qué es esto? dijo asombrado  
El infeliz don Garcia,  
¿Pensábais, pues, que vendría  
Mi palacio á conquistar?  
¿Por qué os acogeis al templo?  
¿Qué es esto gente menguada?  
Pero la turba callada  
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde  
En la mansion religiosa,  
Y el semblante de su esposa  
No alcanzando á ver allí,  
Asió con ira del cuello  
Al que topó mas cercano,  
Y con la daga en la mano,  
Le dijo iracundo así:

¿A dónde está la condesa?  
Dí ó mueres tras mi demanda.  
Y el eco murmuró—"anda,  
Porque la turba calló.  
Hablad por Dios, dijo el conde;  
Vuestro dolor ¿qué me arguye?  
¿Dó está mi Argentina?—huye,  
El eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente,  
Y humillada y temerosa  
Dobló la faz vergonzosa  
Con la tierra hasta tocar;  
Y entendiendo don Garcia  
Todo el valor de su duelo,  
Los ojos puso en el cielo,  
Gimió... y los tornó á bajar.